

teriores superioridades que tenía sobre los obreros de la industria, y en sus escalas de pago ha sido reducida casi hasta el fondo mismo" (p. 409).

Sin duda, al retomar las tesis anteriores se dejan fuera otras muchas de enorme importancia, así como interpretaciones de hechos que no compartimos. La pretensión, por ahora, fue interesar al lector en este valioso trabajo, destacando aquellas cuestiones que más nos motivaron y preocuparon.

Consideramos que la lectura de este libro es de fundamental importancia para todo el que se interese por el estudio y conocimiento de la clase obrera actual. Este es un trabajo bastante serio y el autor tiene un vasto conocimiento de la situación existente en los Estados Unidos, caso que toma como ejemplo para su análisis. Sin duda, el libro suscitará discusiones y controversias, pero también despertará una mayor preocupación por la necesidad de profundizar en el tema. Más estudios que ayuden a comprender la realidad del capitalismo y sus repercusiones sobre la clase trabajadora, serán bienvenidos.

*María de los Angeles Rodríguez
Santiago.*

Olga Akhmanova and Tatjana Šiškina (Eds.) (Authors: T. Šiškina, M. Čakovzkaja, S.A. Čakovskij, L. Dolinskaja, M. Einis, N. Gvišiani, H. Mindeli, S. Vardanjan, V. Zadornova). *Registers and Rhythm. Izdatel'stvo Moskovskovo Universiteta*, 1976.

Cuando se contraste, dentro de al-

gunos años, la práctica editorial de la Unión Soviética con las de otros países (y particularmente con la de los nuestros, latinoamericanos, en los que el libro es como epitafio que el autor prepara para perpetuar su nombre allende la muerte) se entenderá mejor cómo la renovación del hombre intentada por el comunismo irradia en todos sentidos pues la publicación no es (o, por lo menos, no es *principalmente*) título consagratorio de una supuesta superioridad social de raíz intelectual sino un instrumento de trabajo indispensable para el progreso de las investigaciones. Esto explica el que, junto a libros de estupenda factura soviética, dignos de competir con los salidos de prensas escocesas, francesas, holandesas (con sus tipos Caledonia, Garamond, Calson...) nos lleguen otros, "feitos", en papel corriente, multicopiados a partir de matrices mecanoscritas, a veces corregidos a mano (en un anhelo que coloca a la verdad por encima de la belleza cuando no pueden maridarse belleza y verdad) y que, unas veces sí y otras no, vienen empastados, como si no consideraran la eminencia de algunas de sus firmas (en este caso, la de Ajmánova). Y es que en ese "nuevo mundo" que es la Unión Soviética (actualmente, a título más merecido que América), importa más que el prestigio del o de los autores, el nivel en el que, en cada caso, se mueve la investigación. De este modo, un mismo autor suele publicar un tratado definitivo en papel magnífico, encuadernado en pastas espléndidas sobredoradas y, al año siguiente, anticipar una intuición o una hipótesis suya (lo que aquí hemos querido llamar "un producto de taller") en un opúsculo sin pretensión alguna que, no por eso lo demerita.

Aquí, se trata de una edición que

ha alcanzado ya los honores del empastado, tal vez porque el esfuerzo que representa es grande, en cuanto en el mundo se ha trabajado muy poco sobre el tema; pero, también se trata de un multicopiado y no de un producto del mono- o del linotipo, ya que es apenas el despunte de unas pesquisas por venir.

Y aplaudimos esa política general de edición, tan contraria a la actitud aristocratizante que prepara para póstumas las obras completas de un autor, porque, aun en su estado un poco informe y embrionario, una idea puede ser más estimulante para otros que alguna otra, ya conformada del todo y plenamente desarrollada que, quizás —en el momento de aparecer— ha quedado ya preterida por la corriente de la historia. Porque es de este modo como o por ser excesivamente “tímidos para publicar” o por no querer reconocer el mérito de nuestros contemporáneos y difundirlo convenientemente, nuestros países tienen que conformarse con que un historiador del futuro descubra: “¡Ah, pero si teníamos a Fulano, que era un precursor de estas investigaciones que ahora nos vienen de fuera, que tanto admiramos y por las que tan caro tenemos que pagar, en metálico y en *vergüenza!*”

Lo que aquí presentan los autores editados por Ajmánova y Šiškina es aún embrionario (aunque ya ha dejado de ser informe); pero es una primera etapa en la conquista de ese “dominio de lo inefable” (del que hablaba Torres Bodet) en el estudio del ritmo expresivo-comunicativo. Porque —en efecto— no basta con decir vagamente, frente a dos textos, “Me suenan distinto; es como si tuvieran un ritmo diferente”, pues hay que pasar de esas vagas *impresiones* subjetivas de las que no se sabe “dar razón” a unas exactas caracteriza-

ciones objetivas, que —en su momento— puedan llegar a ser medidas y precisadas.

El paso que dan aquí estos autores es muy pequeño (no “muy pequeño para un hombre (o una mujer)”, como el de Neil Armstrong sino para el territorio que habrá que recorrer); pero es muy grande en relación con el camino ya recorrido hasta ahora por la humanidad en un dominio como éste. No es que *nada* se hubiera hecho. Se ha hecho algo, pero poco, y tanto autores como editoras reconocen el estímulo que tuvo para su trabajo el de uno de sus predecesores, el de un contemporáneo nuestro, Emile Benveniste, helenista francés que se ha encargado de precisar el étimo de “ritmo” y sus vicisitudes; quien niega la noción común de que originalmente esa palabra tenía que ver con las ondas marinas; quien afirma que procede de *gew* “fluir”; quien señala que tenía, entre los griegos, el significado de “forma” y que adquirió entre ellos, gracias a Platón, el de “orden en el movimiento”, “proceso general de coordinación armoniosa de diferentes elementos comprendidos por este movimiento, y que se correlaciona con el metro”.

Al lado de la de “ritmo”, aparece, para estos soviéticos, la noción de “registro” porque, para ellos, no hay complicación de “ritmo” y “metro”; de “ritmo” y de “poesía”; del “ritmo” y uno de los posibles “registros” lingüísticos sino que todos los registros tienen su ritmo (tanto la prosa como la poesía; tanto la literatura científica como la literatura de creación o beletrística) y puede postularse —además, como hipótesis más amplia— que cada registro tiene su propio ritmo.

Contrasta, así, un enfoque tradicional que consideraba al ritmo como simple alternancia de sílabas acen-

tuadas y no acentuadas, con el enfoque "sintáctico", que subraya el paralelismo de las formas de la sintaxis y casi deja de lado las repeticiones léxicas y sonoras, mientras estos soviéticos consideran que el ritmo de un texto se constituye por la combinación (o que quizás, diríamos nosotros, es la resultante dinámica) de elementos rítmicos (componentes) que aparecen en los tres niveles: a) sonoro, b) léxico y c) morfosintáctico.

Por nuestra parte, creemos que estos investigadores, obligados a la prudencia, no han desbrozado o deslindado al menos un territorio suficiente; a) que "hacen como que" no han avistado la necesidad de explorar las manifestaciones del ritmo a lo largo de las varias dimensiones de registro identificadas por Halliday, Ure y otros lingüistas británicos (modo, formalidad, campo y papel); b) que "como que no" ven sino el carácter interno rítmico del cisfrasis y no alcanzan a captar los ritmos propios del transfrasis, tanto o más importantes que los otros para lo que ellos llaman la "textología" y c) que no parecen reconocer un ritmo *latente* frente a uno *patente*, establecido el primero no por la relación que las potencialidades lingüísticas ya realizadas establecen entre sí, sino por las relaciones que existen entre las realizadas (o actualizadas) y las no actualizadas aún. Pero, en este último punto, el olvido les es menos imputable puesto que tanto los editores (en la presentación) como al menos uno de ellos en su colaboración, se refieren a las relaciones dialécticas entre *colocación* y *coligación* y ésta —según nos parece— es otra manera de situar al lado de la sintagmática la paradigmática pues serían las relaciones de cada elemento elegido con los restantes de su paradigma las que definirían ese

"ritmo latente" que nos atrevemos a postular.

Aunque el cuadro de materias o contenido de este libro no lo hace resaltar así, nos parece que la bifurcación principal, para los autores es la que se produce entre el ritmo que se discierne en textos de carácter informativo y el ritmo que aparece en textos de carácter expresivo (de finalidad científica, los unos; de finalidad estética los otros).

Quienes en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad de México exploramos temas culturales (especialmente M. L. Rodríguez Sala de Gomezgil y OUV interesado en el área secante de la de sociología de la ciencia, constituida por el lenguaje técnico-científico) debemos de congratularnos de que en este librito, al lado de las exploraciones sobre el ritmo de Faulkner o de Maugham, destaque el tratamiento que hacen los autores de "el ritmo en la prosa científica". Y quien no acaba de desesperar del uso de la estadística en lingüística tiene que satisfacerse también con el anticipo de representación gráfica de los elementos rítmicos de diferentes textos científicos que los autores esbozan en sus páginas.

No puede asombrar —por otro lado— que quienes ya han demostrado, en otras ocasiones, un interés enorme por los suprasegmentales y los paralingüísticos anuden ese interés con el nuevo, en la exploración de los elementos prosódicos del ritmo, y que al contrastar el registro escrito con el oral (nosotros ya empezamos a dudar de la primacía de lo oral sobre lo escrito, al menos en el ámbito científico y en el de unas sociedades en las que domina el contrato sobre el antiguo consenso comunitario) introduzcan referencias directas al canto e indirectas —a través de él— a la música y a la notación musical. Es

esta última una tónica que ya nos parecía indispensable cuando conversábamos con la argentina Hilda Bausulto sobre la necesidad de revisar, de depurar y de enriquecer la batería de "signos de puntuación" y de cómo esto podría ser el resultado de la labor conjunta de los lingüistas y de los musicólogos.

La referencia concreta de estos jóvenes lingüistas soviéticos dirigidos por Ajmánova es la usual en esta profesora del Departamento de Inglés de la Universidad Estatal de Moscú: la lengua de Shakespeare; lo es de modo análogo, a como, complementariamente, el interés de Ellis, de Ure y de los otros lingüistas de Edimburgo fue, por muchos años, el análisis de los registros del ruso, de la lengua de Pushkin, en forma parecida a como la *Voice of America* suele hablar en ruso, y Radio Moscú suele hacerlo en inglés, en plausibles esfuerzos por superar las barreras idiomáticas y de concepción del mundo. De ahí: sus observaciones sobre la importancia rítmica de las resonantes inglesas; su análisis contrastante entre el inglés de una parte y el ruso y el armenio (¿de Vardanján?) nativos de estos autores, por la otra; de ahí su preocupación por el ritmo interlingüístico, aquel que se manifiesta en la confrontación real o en la presencia latente, por debajo de la traducción, del original traducido.

Ya hemos tenido ocasión de ponderar aquí —más de una vez— la labor destacada que, en nuestro subcontinente latinoamericano cumple Ernesto Zierer con una revista de modesto formato (*Lenguaje y Ciencias*) publicada por una universidad que es sólo "segunda" en su país (la de Trujillo, en Perú). Ahora, podemos aplaudir —también— el esfuerzo de unos jóvenes soviéticos, pu-

blicado en forma modesta por una de las grandes potencias de nuestro tiempo y bajo la dirección de una lingüista que como Ajmánova ("ser lingüista, sin más, es ya, de por sí, ocupación de tiempo completo") aunque parezca inclinarse más por la micro- que por la macro- o sociolingüística no deja de hacer aportaciones a esta última (lo cual es comprensible no sólo en términos generales de una lingüística que no puede eludir lo sociológico sino también de una que se produce en el marco soviético); de una lingüista que disfruta, muy merecidamente, de prestigio internacional.

Oscar Uribe-Villegas

James H. S. Bossard y Eleanor Stoker Boll: *The Sociology of Child Development*. Ed. Harper & Row, Weather-Hill, U.S.A., 1965.

Como un intento más para aproximarnos a la comprensión del niño, Bossard y Boll hacen un análisis sociológico de las situaciones sociales que intervienen en su desarrollo, enfatizando que el aspecto social puede y debe ser considerado legítimamente aparte de los estudios psicológicos, biológicos y psiquiátricos.

Para lograr este objetivo, han dividido las situaciones sociales en tres aspectos fundamentales: su estructura, su proceso y su contenido. Parten del estudio de la familia como núcleo primario socializador y de desarrollo del niño. Con este método, enfatizando en la familia, ésta es descrita en estos tres aspectos, siempre en relación con su influencia en el niño.